



LA RAZÓN HISTÓRICA

Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas

ISSN 1989-2659

Número 58, Año 2023, páginas 22-30

www.revistalarazonhistorica.com

Irlanda, una nación forjada en el conflicto

Diego Marín Roig

Universidad de Zaragoza

Irlanda es una isla que se ha forjado históricamente en base al conflicto interno, pero, sobre todo, a la ocupación extranjera. Desde los primeros invasores vikingos del siglo VIII hasta las incursiones normandas del XII, esta isla ha sufrido la colonización como una característica intrínseca de su identidad, que llega hasta la actualidad reflejada en la posesión territorial por parte del Reino Unido de una parte de la provincia nororiental de la isla de Irlanda, una parte de la provincia de la mano roja, el Ulster.

Los Vikingos y la transición al feudalismo

En el año 795, el monasterio escocés de Iona, que había sido fundado por San Colum Cille y estaba habitado por monjes de origen irlandés, fue atacado por hombres que venían del mar. Años más tarde, estos mismos individuos volvieron a saquear el lugar en una de las ocasiones. Después del último ataque, el abad de Iona decidió refugiarse en Kells, donde fundó un monasterio junto con los supervivientes y llevó las reliquias del santo fundador y un evangelio que, posteriormente, se conoció como el Libro de Kells (el libro se encuentra hoy en la Biblioteca del Trinity College de Dublín). Se suele aceptar que este libro fue escrito y grabado en Iona y que se salvó de la acción de los saqueadores porque las obras sacras no entraban dentro de su concepto de buen botín, entre otras razones, por practicar una religión distinta.

Poco después del saqueo de Iona se produjo otro en el 795, esta vez en suelo irlandés, cerca de la costa de Dublín. Durante los siguientes cuarenta años estos hombres del norte atacaron una y otra vez diferentes monasterios de la costa irlandesa. La mayoría de estos extranjeros (*gaill* en gaélico) procedían de los fiordos del oeste de Noruega, aunque también llegaron de otras partes de Escandinavia como las actuales Suecia o Dinamarca. Estas gentes, a las que de forma más general se conoció como Vikingos, no sólo se quedaron en Irlanda o Gran Bretaña, sino que llegaron hasta el Báltico, Rusia, Cádiz, e incluso el Mediterráneo y Bizancio. Los vikingos tuvieron una influencia decisiva en el cambio del sistema político que aconteció en Irlanda entre los siglos IX y XI.

Se suele hablar de dos oleadas vikingas en Irlanda. La primera fue desde el año 795 hasta el 836. Durante esta primera etapa las incursiones en Irlanda siguieron el mismo esquema: saquear y abandonar el lugar atacado. Dichas razias las realizaban flotillas de dos o tres barcos rápidos. Estos ataques se limitaron en estos primeros años a la costa, o como mucho a unas veinte millas tierra adentro o por ríos navegables, casi siempre en monasterios.

La segunda etapa comenzó hacia el año 837, cuando los viajes a Irlanda empezaron a hacerse a mayor escala, pues ya eran auténticas flotas las que se desplazaban hacia la isla, cambiando también la naturaleza de los ataques e intentando ahora establecer bases permanentes en el territorio. La primera de estas fue la de la desembocadura del río Liffey, desde donde partieron expediciones hacia el interior. Muchos monasterios fueron saqueados por toda la isla, aunque la intención fundamental de los vikingos en ese momento era la ocupación de tierras. Los primeros asentamientos vikingos fortificados datan del año 841 en *Linn Duachail*, la actual Annagassan, en la costa de Louth y otro en la desembocadura del Liffey, germen de Dublín (*Dubh Linn*, la Charca Negra).

Las rápidas incursiones a sangre y fuego y la propaganda de la crueldad de los escandinavos desaparecieron una vez que estos se instalaron entre los irlandeses y comenzaron a desarrollar su actividad comercial. Se produjeron matrimonios mixtos con familias irlandesas de sangre noble para asegurar sus posiciones, llegaron a ser aliados o enemigos entre ellos y normalmente empezaron a diluirse dentro de la sociedad gaélica. Su falta de unidad, debida en parte a sus diversos orígenes, tuvo mucho que ver con esta evolución. Al provenir de Noruega, Dinamarca y Suecia, no solo encontraron aliados y enemigos entre los irlandeses, sino que también lucharon entre ellos por el control de lugares comerciales estratégicos, a lo que responde lo sucedido en Dublín donde, en el año 851, una flota danesa expulsó a los noruegos que allí habitaban.

Durante la segunda mitad del siglo IX, se produjeron alianzas entre irlandeses y vikingos, así como el hostigamiento a los vikingos por parte de los reyes irlandeses.

Dublín cayó en manos irlandesas en el 902. En este momento se da por acabado el primer asentamiento vikingo en Dublín, aunque las alternancias en el dominio de la ciudad todavía fueron múltiples. Probablemente desde finales del siglo IX, a los vikingos no les resultó tan fácil asentarse en Irlanda y comenzaron a buscar nuevos territorios. De ahí surgieron nuevas migraciones vikingas desde Irlanda hasta el noroeste de Inglaterra e incluso hasta Islandia.

Sin embargo, el saqueo de los monasterios por parte de los vikingos, entre el 795 y el 829, no es tan vasto como cuenta la mitología. De hecho, sólo se atacaron veinticinco de estos monasterios en estos treinta y cuatro años. Incluso, si interpretáramos que solo se recogen en los documentos un tercio de los ataques reales, el número de monasterios atacados seguiría siendo bajo dada la gran cantidad de monasterios e iglesias existentes en Irlanda en aquella época. Se podría concluir que el impacto de los vikingos en Irlanda hasta la década del 830 fue menor. A partir de esa fecha y hasta el año 845, se intensificaron los ataques sobre unos cincuenta monasterios y, es más que probable, que los establecimientos religiosos atacados fueran aquellos más importantes donde había tesoros y enseres valiosos. En las pequeñas iglesias de las aldeas, donde vivía la mayoría de la población, los vikingos no aparecieron porque el hipotético botín podía ser insignificante. Por lo tanto, la experiencia del saqueo estuvo bastante al margen de las comunidades civiles. Los vikingos fijaron su atención sobre todo en los núcleos monásticos más importantes como Armagh, Glendalough, Kildare, Slane, Clonard, Clonmacnoise o Lismore.

La segunda oleada de invasiones por el sur de Irlanda, en el siglo X, se caracterizó por una mayor atención al comercio y más resistencia a los invasores por parte de los irlandeses. Se establecieron en Waterford, Limerick o Cork, pero poco tiempo después se vieron obligados a negociar con los mandatarios locales y, en ocasiones, no tuvieron más remedio que funcionar según la idiosincrasia de la política local, manteniéndose así una cierta discrepancia entre dos concepciones políticas diferentes.

Los nuevos esquemas de poder aparecieron, por primera vez, en la mitad sur de Irlanda durante el siglo X. El pueblo de los *Dál Cais*, que hasta ese momento había estado bajo la influencia de los *Eoghanachta*, se aprovechó de la debilidad de estos últimos en su enfrentamiento contra los vikingos, e instituyó su propio reino. Sus líderes, Brian Boru y su hermano mayor, tenían otra concepción de la monarquía, y por ello no tardaron en confeccionar su propia genealogía para justificar su poder. Se autoproclamaron descendientes de los hijos de Mil, los antiguos Milesios. Aunque Brian Boru murió en la batalla de Clontarf, su dinastía se consagró con el nombre de *Uí Briain*, más tarde O Brian, y se convirtió en la monarquía más poderosa del sur durante más de cien años.

Junto a la dinastía de los O'Brian se constituyeron otras monarquías poderosas como la de los *Uí Néill* (O'Neil), a quienes los documentos de la época se refieren como los primeros en ocupar el alto trono de Irlanda, aunque algunos autores afirman que dicha afirmación es poco probable. De cualquier modo, lo que se aprecia con estos ejemplos es el paso del viejo sistema donde la cabeza política, el rey de las *tuath* o grupo de *tuatha*, es elegido entre aspirantes pertenecientes a diferentes familias poderosas (nobles), a un nuevo orden, el feudal, en el que la sucesión al trono viene dada por cuestiones hereditarias.

Estos cambios no sólo afectaron a Irlanda, sino también a Inglaterra y a la totalidad de Europa. El proceso de construcción de los diferentes reinos implicaba la aparición y crecimiento de nuevos centros de poder de manera muy similar a lo que había sucedido con las diócesis territoriales respecto a los monasterios. El empuje de estos nuevos elementos llevaba consigo la conquista de territorios. Por ejemplo, el crecimiento del reino de Connacht, entonces en manos de los O'Connor, tuvo como consecuencia la expansión desde su base en *Roscommon* y la apropiación de la llanura de Galway donde se encuentra *Tuam*. Los damnificados, los *O'Flahertys* se vieron obligados a huir al oeste de Connacht. De este modo, los antiguos centros de poder local dejaron de existir, y sus dirigentes se enfrentaron a la disyuntiva de convertirse en vasallos feudales de su nuevo señor o marcharse de las tierras conquistadas. De todas formas, las viejas prácticas no se olvidaron de forma súbita y durante muchos años el concepto de compensación o de disputa tribal siguió existiendo, aunque a menor escala.

El declive total de la influencia vikinga en los asuntos irlandeses se suele fechar el 23 de abril de 1014, Viernes Santo, en la batalla de Clontarf, cuando Brian Boru, según algunas fuentes documentales el primer y auténtico rey de toda Irlanda, derrotó a los noruegos en las afueras de Dublín junto con un ejército unido irlandés. Toda esta historia tiene más de leyenda que de realidad.

Hacia el año 963 se desató la lucha por el poder en Muster que vio como los Cashel eran depuestos por sus guardianes de toda la vida, el Clan Eóganacht. Estos reyes fundaron la dinastía Dál Cais de la que Brian Boru fue uno de sus reyes más importantes. Boru recibió un importante apoyo de una parte de los vikingos que lo consolidó como rey. Así pues, con intención de conquistar Dublín, se enfrentó al jefe vikingo de esta ciudad, Sigtrygg Oláfsson. Brian Boru obtuvo la victoria, aunque los vikingos de Dublín siguieron estando muy activos políticamente, como demuestra el ataque que realizaron en Kells en el 1019. Aunque esta batalla marca el punto de partida del declive del poder vikingo en Irlanda durante los siglos XI y XII. Los documentos posteriores tratan de ensalzar la figura de Brian Boru como rey unificador y liberador de Irlanda, como el *Codag Gaedel re Gallaib* (La guerra de los irlandeses contra los extranjeros).

La Colonización normanda (1169-1485)

La conquista normanda acabó completando el esquema político que había comenzado a desarrollarse desde la época vikinga, es decir, el feudalismo. Así mismo, se puede afirmar que es con los normandos cuando Irlanda se imbuye en la Edad Media. En cualquier caso, siguieron vivos ciertos esquemas sociopolíticos anteriores a los vikingos, sobre todo en aquellas zonas donde la presencia colonial no fue completa o simplemente inexistente.

A diferencia de la conquista normanda de Inglaterra, dirigida por Guillermo el Conquistador en 1066 y planeada a conciencia, la aparición de los normandos en Irlanda tiene unas motivaciones políticas totalmente ajenas a los propios normandos. La génesis de dicha invasión tiene que ver con problemas internos entre los diferentes reinos de Irlanda. Hacia mediados del siglo XII, el rey de Leinster, *Dermot MacMurrough*, tenía prevista la ampliación territorial de su reino desde Dublín, Wexford y Waterford hasta el río Boyne. Sus planes expansivos encontraron la oposición de los reyes de Connacht y Breifne, y durante las luchas de poder que se sucedieron entre 1156 y 1166, Dermot fracasó y se vio obligado a tomar el camino del exilio a Francia. Allí buscó aliados para recuperar su reino, y le pidió ayuda al rey normando de Inglaterra, Enrique II. Este había contemplado la posibilidad de invadir Irlanda años antes y para ello, y a instancias de sus consejeros, solicitó una bula papal (al igual que había hecho Guillermo cinco años antes) para darle más legitimidad a la invasión. Aunque Enrique II la consiguió de manos del único papa inglés de la historia, Nicholas Breakspear (Adriano IV), nunca la utilizó, ya que en esos momentos tenía otros flancos abiertos en la zona continental de su reino y no deseaba dirigir sus ejércitos hacia Irlanda. Lo que sí hizo fue aceptar el vasallaje de Dermot y darle permiso para que reclutara aliados entre sus señores para llevar a cabo la campaña irlandesa. Con dicho encargo, Dermot puso rumbo a Inglaterra, llegó a Bristol, donde no encontró suficiente apoyo para su empresa. Se dirigió al sur de Gales, donde los señores normandos se encontraban en constante conflicto con los nativos galeses. Allí Richard FitzGilbert de Clare aceptó dirigir un ejército para restablecer el poder de Dermot en Irlanda, a cambio de la mano de su hija Aoife, por la que se convertiría en heredero al trono de Leinster.

En mayo de 1169 las tropas normandas desembarcaron en Bannow Bay, cerca de Wexford, y tomaron la ciudad. Al año siguiente el ejército dirigido por Strongbow tomó Waterford y Dublín y en muy poco tiempo los reinos de Leinster y de Meath pasaron a manos normandas. La invasión de Irlanda se realizó de espaldas a la Corona debido a las preocupaciones políticas y militares del rey Enrique II en el continente. De este modo, los líderes normandos que arribaron a Irlanda sintieron desde el principio que estaban al margen del control real. No fue hasta el reinado de Enrique VIII cuando la Corona inglesa se apropió oficialmente del título de rey de Irlanda.

Desde la Corona inglesa, el rey Enrique II se vio obligado a viajar a Irlanda en 1171 para ejercer control sobre los señores que actuaban bajo su poder. Durante su visita, los reyes irlandeses, los barones normandos y la alta jerarquía eclesiástica le rindieron pleitesía, aceptando así su sumisión al poder real. Ante el peligro de que ese vasallaje no se correspondiese con la realidad, la historia de la colonia a partir de ese momento se caracteriza por los constantes intentos de la Corona de limitar el poder de estos hombres. La propia monarquía normanda fue la responsable de esa situación ya que, como no disponía de los recursos ni de la intención de conquistar Irlanda, dio a nobles y eclesiásticos irlandeses grandes concesiones territoriales para que estos lo hiciesen en su nombre. Así, se crearon reinos semiindependientes que entraron en conflicto con los intereses regios.

En 1175 Enrique II y Rory O'Connor, rey de Connacht, firmaron el Tratado de Windsor por el cual ambos mandatarios acordaron dividir la isla conforme los intereses anglonormandos e irlandeses. Según el tratado, O'Connor reconocía a Enrique II como su señor y se comprometía a recaudar tributos para él en Irlanda a cambio de que Enrique II lo aceptara como rey supremo de las tierras no conquistadas por los normandos. De este modo, Dublín, Meath, Leinster y Waterford hasta Dungarvan quedaban bajo influencia normanda y fueron las primeras zonas de la isla en ser colonizadas. Sin embargo, el avance se extendió más allá de estos territorios con la invasión del Ulster en 1117 por John de Courcy. Su decisión fue más bien a iniciativa personal e ilustra, una vez más, las dificultades de la Corona para frenar las ambiciones de los barones. La temprana ocupación del este de Cork y Uriel (el actual Louth) se realizó entre 1180 y 1199, lo que condujo al control de la costa desde Dundalk hasta Cork, extendiendo también la ocupación tierra adentro en zonas como Meath y el norte de Leinster. Los avances más considerables se hicieron a finales del siglo XII con la consolidación de la ocupación de Limerick y Tipperary, la última región de dimensiones considerables que experimentó una colonización prolongada. A principios del siglo XIII, la expansión se frenó al empezar a ocuparse tierras que, sin recursos ni colonos, eran muy difíciles de controlar como para introducir alteraciones radicales en ellas. Las primeras tentativas de ir más allá del Shannon y más hacia el oeste, hacia Kerry sucedieron sobre 1220. La última región en notar cierto grado de colonización anglonormanda fue Connacht. A mediados del siglo XIII los normandos controlaban, de una forma u otra, dos tercios de la isla.

Algunas zonas, (la mayor parte del Ulster, casi toda la costa oeste, partes importantes del centro y casi todas las tierras altas) permanecieron lejos de una influencia normanda directa. Allí se conservaba cierta autonomía política gaélica. De todas formas, la relación espacial era compleja y dinámica y sería un error pensar que existían dos sistemas cerrados y autónomos ya que había continuos contactos entre irlandeses y anglonormandos, tanto violentos como pacíficos.

Así pues, a mediados del siglo XIII el avance normando sobre la isla se detuvo. La oposición al invasor comenzaba a traslucirse y a ganar importancia y así se constató en las batallas de Callan en 1261 y de Áth in Chip en 1270 en las que las tropas normandas sufrieron importantes derrotas a manos de los irlandeses.

Dos acontecimientos de naturaleza política influyeron en la presencia normanda en Irlanda. Por un lado, el nombramiento en 1258 de Brian O'Neill como rey de Irlanda. Aunque su permanencia fue efímera, lo importante de este hecho reside en que la elección se basó en un acuerdo alcanzado por varios reyes irlandeses como forma de hacer frente común a los invasores. El segundo acontecimiento destacable está en la petición (por primera vez en la historia de Irlanda) de ayuda exterior para expulsar a un invasor de territorio irlandés. Varios reyes irlandeses invitaron en 1262-1263 al rey Haakon de Noruega a que liderase un ejército que plantase cara al ocupante ofreciéndole como recompensa el trono de Irlanda. Aunque el mandatario noruego murió antes de llegar a la isla, este acontecimiento de gran trascendencia, podría enmarcarse dentro de una idea que podríamos calificar como "primeras aspiraciones nacionalistas en Irlanda", esto es, la lenta y paulatina toma de conciencia por parte de los mandatarios irlandeses de la idea de pueblo, y de una lucha unitaria contra el invasor. A estos sucesos contra la fuerza colonial y a otros de similar naturaleza que siguieron repitiéndose en el siglo XIV, algunos historiadores les han dado el nombre de "resurgir gaélico".

Dentro de los hechos más destacados en este ciclo está la aparición en la escena irlandesa de Edward Bruce, hermano del rey Roberto de Escocia, quien fue coronado "alto rey" de Irlanda en 1316 y que había sido invitado por una alianza de señores gaélicos y normandos descontentos con la Corona, para que luchara con ellos en el Ulster. Como consecuencia del éxito de la campaña en el Ulster, durante un par de años existió la posibilidad real de que Irlanda siguiera el ejemplo de Escocia y se convirtiera en un reino independiente con Bruce como monarca, pero la derrota que este sufrió en Faughart dos años más tarde de ser coronado, truncó cualquier posibilidad. Este fracaso también destacó otra circunstancia, esto es, la dependencia de la Corona inglesa de los grandes señores normandos asentados en Irlanda. Asimismo, el poder de estos señores feudales era tal que hacia finales del siglo XIV el poder imperial había sido totalmente sustituido en todo el sur de Irlanda gracias a la influencia ejercida por tres grandes señoríos feudales: Desmond, Ormond y Kildare. Aunque, en teoría, los señores anglonormandos no mandaban sobre los territorios que les habían sido cedidos por la Corona en calidad de condes, los Fitzgeralds de Desmond y Kildare y los Butlers de Ormons ejercían un poder efectivo sobre estas zonas de manera prácticamente independiente, quedando bajo estricto control real solo la zona cercana a Dublín y Waterford, conocida como The Pale.

Mientras tanto, en el norte de Irlanda la presencia anglonormanda prácticamente desapareció después de la aventura de Edward Bruce. El control sobre esta zona lo disputaban dos dinastías rivales: los O'Neill y los O'Donell. La supremacía la ostentaron los segundos, durante un tiempo considerable, gracias al apoyo militar de los conocidos como *galloglaich*, mercenarios escoceses llegados a Irlanda, quienes, a cambio de su apoyo, fueron recompensados con tierras en el Ulster. Así como los O'Donell buscaron ayuda en Escocia, los O'Neill hicieron lo propio, curiosamente, en la monarquía inglesa, circunstancia que también tendría sus consecuencias en un futuro no demasiado lejano. A pesar de que en 1394 el rey Ricardo II volvió sus ojos hacia Irlanda, después de una tregua momentánea conseguida con Francia, y logró la rápida sumisión de los señores gaélicos con una impresionante campaña militar, las revueltas reaparecieron muy poco después de su vuelta a Inglaterra. Ricardo II decidió restablecer el orden en Irlanda y regresó a la isla. Mientras se encontraba luchando en Leinster, en Inglaterra, su eterno rival Enrique de Lancáster, ocupó su trono, de tal manera que Ricardo II tuvo que dejar el problema irlandés a mitad de su resolución y ocuparse de los asuntos locales.

Así, la dinastía de Lancaster tuvo también problemas más importantes por los que preocuparse que Irlanda, sobre todo las conocidas como Guerras de las Rosas, es decir, las diferentes contiendas civiles que, entre 1455 y 1489, enfrentaron a las casas de York y Lancáster por el trono de Inglaterra y en las que, después de años de alternancia en el trono, finalmente, Enrique Tudor, un Lancaster, se convirtió, en 1485, en Enrique VII de Inglaterra y sesgó las aspiraciones de sus rivales al casarse con Isabel de York, hija de Eduardo IV.

Se suele decir que Inglaterra deja la Edad Media y entra en la Edad Moderna a finales del siglo XV con la llegada al trono de la dinastía Tudor. Para entender esta afirmación tendríamos que ver qué había pasado en Europa y en Inglaterra a lo largo del siglo XV en su economía y en su política. El cambio histórico más determinante fue la aparición de la burguesía como nueva clase social y el sistema económico asociado a ella, el proto-capitalismo.

La religión jugó un papel fundamental como instrumento político en la historia de Inglaterra y, por extensión, en la de Irlanda, la escisión de Inglaterra de la autoridad papal, como resultado de una decisión meramente política, tuvo unas consecuencias en Irlanda que se han dejado sentir en la política de la isla hasta la época actual.

Con el reinado de Enrique VII (1485-1509) la conexión entre la monarquía inglesa y el señorío de Irlanda comenzó a reflejar el cambio de conceptos de la monarquía Tudor. Enrique VII se caracterizaba por ser un mandatario de su tiempo: renacentista, perspicaz y calculador. Su interés por la diplomacia, la conservación de documentos y por dejar constancia escrita de los ingresos por impuestos y rentas

preparó el camino para la creación de una burocracia estatal. Una vez llegado al trono de Inglaterra y, teniendo en cuenta que los últimos intentos de la casa de York por acaparar el poder tuvieron su origen en Irlanda, Enrique VII decidió acabar con la amenaza irlandesa mediante el envío, en 1494, como máxima autoridad real en Irlanda, de Sir Edward Poynings. Este tenía el encargo de conseguir la total sumisión de la isla a la autoridad del monarca.

Con esta idea en mente, Poynings convocó a finales de 1494 al parlamento irlandés en Drogheda para promulgar una serie de leyes que cumplieran sus propósitos. El corto periodo de Poynings en Irlanda (1494-1496) anuncia el nuevo régimen que los Tudor van a imponer en Irlanda. Poynings adjudicó los mejores puestos oficiales a personas leales a la Corona. Además, dominó un parlamento que se encargó de restablecer los derechos de la Corona y anular la legislación anterior.

La consolidación de la política colonial se efectuó con el ascenso al trono de Enrique VIII en 1509. Sin embargo, la colonización de Irlanda en la Edad Moderna, cuyas rimas históricas llegan hasta el presente, escapa de las pretensiones medievalistas de este texto.

Bibliografía

- Alonso, R., *Irlanda del Norte. Una historia de guerra y la búsqueda de la paz*. Madrid: Complutense.
- Chauviré, R., *Historia de Irlanda. Un país de viejo origen, que aún no ha escrito el último capítulo de su azarosa historia*. Madrid: Salvat.
- Hjarðar, K. y VIK, V., *Vikingos en guerra*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones.
- O'Beirne Ranelagh, J., *Historia de Irlanda*. Madrid: Cambridge University Press.
- -Sierra, L. A., *Irlanda del Norte. Historia del conflicto*. Madrid: Sílex.
- -Sierra, L. A., *Irlanda, Una nación en busca de su identidad*. Madrid: Sílex.